

La feminidad no tiene sexo

Silvina A. Di Serio

Hay cosas que al ser abordadas de distintas maneras no ocasionan, a tales efectos, diferencias importantes o significativas. Pero hay otras que dividen aguas, que producen un viraje de timón con consecuencias de magnitud. Tomamos por caso el concepto de *goce* en el campo del Psicoanálisis.

A menudo encontramos, en bibliografía y relatos psicoanalíticos, que la noción de goce no cuenta con buena prensa, por atribuírsele la responsabilidad, no sólo de complicar, de entorpecer, la vida del sujeto, sino de ser el causante de su sufrimiento en una suerte de boicot al deseo del sujeto *en pos* de la tendencia a reencontrar el objeto primigeniamente perdido y el punto de fusión con el Otro. Así es como solemos encontrarnos con las propuestas de que una cura supondría acotar, reducir y, hasta “gastar” (hace poco nos encontramos con esta expresión) el goce, luego de lo cual, el sujeto se avendría a aceptar que la única condición del goce para el humano es el llamado *goce fálico*, como correlato de la castración, así como procurar la custodia del equilibrio del quantum pulsional. El análisis consistiría, entonces, en algo así como transitar una suerte de duelo por el que el sujeto resignaría su deseo de gozar más, por ser este “más” supuestamente subsidiario del reencuentro incestuoso con la Cosa.¹ Esta lectura que, reitero, solemos hallar más habitualmente de lo esperable, soslaya -diría incluso: escotomiza, dejando en las tinieblas la mayor de las riquezas alcanzables en un análisis- lo que podríamos llamar *experiencia de lo inconmensurable*.

En este sentido, no me parece exagerado decir que no se suele vislumbrar cabalmente el alcance de la incidencia del lenguaje sobre el viviente. Fundamentalmente porque lo esencial de esa incidencia es la del significante en su calidad de *letra* y no por su condición de significar; hecho que insta en el ser hablante, de una vez y para siempre, la experiencia de la incompletud. Aun cuando, de allí en más, su modulación requiera de una serie de operaciones constitutivas. Dicha experiencia de la incompletud tiene su correlato en la estructura del sujeto en dos órdenes que, aunque diferenciados, se imbrican entre sí: un agujero central, asiento de la Cosa freudiana, en su equivalencia a la formulación lacaniana del *a*; y, por otra parte, un primer pliegue² constituyente del borde en torno de ese agujero: el significante primero, el *Uno*.

Con ello tenemos, muy sucintamente planteadas, las dos piedras basales sobre las que se asienta nuestro edificio. ¿En que nos basamos para sostener que estos dos articuladores consuman la incompletud en el sujeto, vale decir, realizan la castración?

¹ Agradecemos los desarrollos de Daniel Huberman sobre la noción de goce, así como el cuestionamiento que realiza sobre su acotamiento en la clínica psicoanalítica, vertidos en su Seminario “La pulsión de muerte y la clínica”, 2013-14.

² Lacan, Jacques. Seminario XVIII, *De un discurso que no sería del semblante*. Clase 12 de mayo de 1971 (p. 24). Versión Crítica. Traducción Ricardo Rodríguez Ponte. Publicación para circulación interna de la Escuela Freudiana de Buenos Aires.

En primer lugar, acorde a una temporalidad lógica, el *a* constituye una presencia paradójica, por introducir precisamente la ausencia. El *a* es la expresión, sin signo ni imagen, de lo más propio del sujeto en la estructura, la inscripción de su acervo más genuino. Diremos que, si una vida es arrancada a la nada -lo que indefectiblemente deja al humano a merced de la significación que otorga el Otro (correlato del “todo”)- el *a* constituiría el bastión del real originario, pero en el campo subjetivo. Ese *a* como un “pedacito” del inconmensurable operando en la trama del sujeto. Y es en ese espacio topológico de inaccesible centralidad, como define Lacan,³ de indecible e indescriptible opacidad, donde se hunde el Goce. Así, Goce a secas. Lo más real del sujeto, rodeado por una barrera protectora que lo torna inasequible, infranqueable. Pero, ¿cómo podríamos afirmar que ese vacío central constituyente de la mayor de las libertades del condenado hablante, se define como infranqueable, inaccesible, imposible? “*El problema del goce...*” comienza diciendo Lacan en el párrafo mencionado de la clase VII del citado Seminario; el problema del goce es que no se trata de la satisfacción de una necesidad, sino de la satisfacción de la pulsión, que es siempre de muerte y que se satisface, se realiza, traspasando la barrera protectora establecida por el Principio del Placer⁴. Por ende, la pulsión tiene por meta hundirse en ese espacio central, satisfaciéndose en la captura, en el encuentro, aunque definido como imposible, de algo del indecible goce. Para tal fin, le es imprescindible contar con la apoyatura que le brinda la letra, el significante-letra, también perteneciente al campo de lo real.

Encontramos, entonces, la segunda de las instancias mencionadas respecto de la introducción de la incompletud en la estructura del sujeto. Esta atañe al campo del significante, más precisamente, el que conforma el “primer pliegue”, significante primero, el S1⁵ que -por escribirse sin ningún tipo de sentido- constituye y es, a su vez, replicador de la ley del lenguaje al abrir una hiancia, un agujero en el campo del saber por lo que el sentido y la significación se desvanecen. Lo que queda denotado por el S(~~A~~) (significante del Otro barrado).

El Uno constituye el borde del agujero en el campo significante, quien tiene la facultad de hacer sonar, hasta el infinito, el trazo, “*el primero de mis pliegues en estar siempre listo para acoger el goce, o al menos para invocarlo por su artificio*”⁶ (el subrayado es nuestro). Pliegue, el Uno que se constituye en lugarteniente del sujeto. Son sus homólogos el significante del Nombre-del- Padre, pináculo de la *Urverdrängung*, Dios y el Falo Simbólico. Nos detenemos, en este último, el Falo Simbólico, señalado por Lacan

³ Lacan, Jacques, Seminario VII, *La ética del Psicoanálisis*. Clase del 13 de enero de 1960. Paidós, Buenos Aires, 1988.

⁴ Tomamos aquí los valiosos y originales aportes de la lectura que hace Norberto Rabinovich sobre goce y pulsión de muerte. Ver en: Rabinovich, N. *Lágrimas de lo real. Un estudio sobre el goce*. Psicolibro ediciones, Buenos Aires, 2013.

⁵ “...el único sentido de mi S1, es el de acotar ese cualquier cosa, ese significante-letra que sólo se escribe porque se escribe sin ningún efecto de sentido. Homólogo, en suma, a lo que acabo de decirles del objeto a”.

⁶ Lacan, Jacques. Seminario XVIII, *De un discurso que no sería del semblante*. Clase 12 de mayo de 1971 (p. 24). Versión Crítica. Traducción Ricardo Rodríguez Ponte. Publicación para circulación interna de la Escuela Freudiana de Buenos Aires.

en el Seminario *El Sinthome*, como **significante de la fonación**, soporte fonológico del lenguaje, que perpetúa la arista cortante del decir con el “sema”, con el sentido, despojando al significante de la exclusividad significativa. La esencia del Fallo, su función de fonación, constituye una condición insoslayable en la operatoria del inconsciente, las *formaciones del inconsciente* dan prueba de ello. Enlaces contingentes que responden a la ley más radical del lenguaje que es la del equívoco propia del significante.

La introducción del fallo en la estructura

El *fallo* entra en la estructura del sujeto por dos vías radicalmente diferenciadas y, por ello, hace del mismo dos funciones claramente divergentes. Hemos planteado, brevemente la primera, la que atañe al Fallo Simbólico, significante *princeps* que de todos los significantes es el más vaciado de sentido, y que, por encarnarse en el S1, garantiza -vía repetición traumática, y entramado en el síntoma o en la compulsión- el retorno del trazo distintivo y separador del sujeto respecto del campo del Otro.

Decíamos que hay otra vía de ingreso del fallo en la estructura, y es la que respecta a la del *ser*. En cuanto el niño se identifica a aquello que se representa como deseo de la madre, estamos en el terreno del *fallo imaginario*, *ser* el objeto imaginario del deseo del Otro. Identificación imaginaria al objeto de deseo del Otro, cuna y bastión del narcisismo, que brinda el soporte a la estructura fantasmática.

Entonces, retomando el planteo acerca de cuál es el goce que está en juego en la repetición sintomática, bien podemos ir situando ya que se trata de ese que acoge el primer pliegue, *goce* que se realiza o ejecuta, en la repetición del trazo distintivo del sujeto y pone en jaque el saber en el Otro. En tanto que ponemos a cuenta de la reedición fantasmática la insistencia yoica que, usufructuando de la barrera erigida por el Principio de Placer, da protección y perpetúa su encumbrado sitio. Y aquí entonces el *goce fálico*, éste que se satisface en la tendencia a colmar, a procurar el *uno* de la unión, a conservar la envoltura que el narcisismo provee, a perpetuar esa mitad del sujeto que se erige en tapón de la falta en el Otro, por no admitirla inexorable.

Ese goce fálico, también entra en el campo de la sexualidad humana. Los objetos fálicos de deseo, por ser solidarios del semblante, de los sustitutos de la Cosa de Goce, esos que se **inventan** sobre el agujero, responden por el goce sexual. Dice Lacan en su Seminario *Los desengañados se engañan*:

El goce humano no muestra prevalencia fálica sino en la medida en que el fallo es ese semblante que se inventa sobre el agujero, sobre la falla que hay en todo lo que se deriva del amor, en el abrazo mismo y el estrechamiento en el que dos cuerpos intentan gozar uno del otro, para uno el goce aparece como fálico, para el otro no, sino en el modo de una relación al Otro.

En el agujero y la invención del semblante hallamos imbricados lo real del Fallo y el *phi* (ϕ), los señuelos. Lo real del Fallo como una suerte de cincel que desbroza por medio

de la dimensión mortificante de la letra el ilusorio compacto que figura el *todo* del “unisentido”.

Objetos sucedáneos orientan el deseo, el que, por definición, nunca será colmado, pero en él se entromete el empuje de la pulsión hacia el punto de desasimiento del sujeto respecto del deseo del Otro. Subrepticamente oculto en el señuelo se encuentra el *a*, un vacío que descompleta.

Podríamos decir entonces, que cuando el sujeto se dirige en busca del objeto, no apunta a “reintegrar su producto” (aunque lo crea), no va en busca de la ilusoria completud, sino en busca de ese “trozo” de sí vacío de Otro.

Aun cuando el deseo se oriente en la búsqueda y la promesa de la fusión, del “estrechamiento de los cuerpos”, la pulsión inmiscuida en el espejismo lleva trazado otro destino: el goce (a-sexuado) al que abre la castración. Lo que solemos llamar Goce Øtro, Øtro Goce o Feminidad.

El goce y la lógica del *no-todo*

En *Las formaciones del inconsciente y El deseo y su interpretación*, Lacan retoma la perspectiva freudiana de sus textos sobre la feminidad (Conferencia 33ª, p. 116). Allí plantea que, situados en una posible coyuntura, un niño comienza a confrontarse, en una construcción mental con su cuerpo y se produce algo “espinoso”, en especial para la mujer a partir de la operancia de la premisa universal del falo. Dice Lacan: “(...) hechos clínicos (...) demuestran una relación del sujeto con el falo que se establece independientemente de la diferencia anatómica entre los sexos y que por esa razón, es de interpretación especialmente espinosa en la mujer y con relación a la mujer (...)”.

Subrayamos entonces que, bajo la soberanía de la premisa universal del falo, la constatación de la diferencia anatómica entre los sexos es suficiente para articular la imagen percibida a la basculación *presencia-ausencia*, tributaria de la ley del significante. Lo que Freud señala (y Lacan retoma) como particularmente “espinoso” en la mujer, parecería consistir en que -en lo concerniente a su anatomía- las mujeres contarían con la posibilidad de una mayor cercanía respecto del vacío. Por conjugarse, armonizar, enlazarse este vacío con el agujero real de la *l'achose*,⁷ no hay allí un objeto que le haga de semblante como en el caso del varón. Dicha constatación ubica al pene en la lista de los objetos separables del cuerpo, los que se simbolizan como estando fuera del cuerpo, el goce fálico es *hors corps*,⁸ dice Lacan. Si bien la anatomía en el campo del psicoanálisis, por encontrarse significantizada, no es isomorfa a la biológica, el cuerpo ahuecado por el significante ofrece carnadura a la sustracción que opera la presencia del *a*. La *a-cosa* castra

⁷ Lacan, Jacques, Seminario XVIII. *De un discurso que no sería (del) semblante*. Clase 5, 10 de marzo de 1971. Escribe allí el neologismo *l'achose*, con el recurso del apóstrofo transforma *la chose* (la Cosa), en *l'achose* (acosa) introduciendo el “a” lacaniano. Así como en *Lituraterre* lo escribe con mayúscula *Achose*, sustantivo que con el mismo recurso que *l'achose*, remite al Otro (Autre) “taponado, amueblado por el *a*”. Nota del traductor, pág. 2

⁸ Lacan Jacques, “La Tercera” (1974), en *Intervenciones y Textos 2*. Ed. Manantial.

tanto al sujeto como al Otro, y deja como efecto la relación sexual como imposible. No hay relación, pero parece ser que hay acto: “*el acto sexual tal como yo lo acentúo, es decir la castración*”.⁹ Todo *acto* que se precie de tal, es separador y pertenece al campo del sujeto.

En los años 70, Lacan sustituye el término sexualidad por la relación entre el Hombre y Mujer, por designar con mayor precisión la relación de interdependencia entre ambos lugares. Es lo que queda claramente denotado en el recurso que toma de la lógica modal, de modo un tanto informal en su Seminario del año 1971,¹⁰ y formalizado en 1972-73, en la localización de sus cuantores. Podríamos decir que los tropos o figuras *Hombre-Mujer* oficialían de correlato a las funciones lógicas del Todo-No Todo.

La constitución sexuada en el varón está ligada a la pregnancia de la imagen fálica, cuyo paradigma más apropiado es el de la tumescencia-detumescencia del órgano.¹¹ El goce fálico queda condicionado, entonces, como goce localizado, puntiforme, centrípeto, *egoísta*, que gira en torno a un eje. Es el goce de la parada masculina, el que quedaría del lado del Todo: $Vx Ox$, *todo x está sometido a la función fálica*, en tanto y en cuanto tiene en su límite las predicaciones del cuadrante superior del cuadro: existe al menos uno que no se somete a la función: $Ex. -Ox$.

Esa función fálica de la que Lacan dice en L’etourdit:

“*Todo sujeto se inscribe en la función fálica ($Vx Ox$), para adornar (revestir, disfrazar, velar) la ausencia de la relación sexual*”.¹²

En tanto que la señalada cercanía de las mujeres con el vacío opera su apertura hacia ese Otro goce, que también llamaremos *feminidad*.¹³ Su carácter radial lo hace expansivo, traspasa los límites impuestos por el Principio del Placer, el empuje pulsional lo lleva más allá del goce circunscripto, adecuado, del goce fálico propio del “coto de caza” impuesto por el Superyó. La aspiración yoica de domeñarlo es proporcional a su insistente expansividad.

Este goce femenino o feminidad no es privativo de las mujeres, por participar del “exceder” propio de lo real. Goce del vacío, de la incompletud, del más allá de las fronteras. Razón por la que cualquier sujeto puede experimentarlo y para nadie está garantizado.

Por tratarse del exceder que pivotea sobre le ex-sistencia, el Otro sexo, lo *hetero*, no se circunscribe a alguna de las dos opciones ofrecidas por el Registro Civil al momento de nacer, sino que las excede a ambas. Lo *heterosexual* es *hetero*, es Otro, para todo sujeto sea cual fuere su *partenaire*, de modo que la posición sexuada no prejuzga de la elección de

⁹ *Ibíd.* pág. 2.

¹⁰ Lacan introduce, en un estilo un tanto coloquial, sus fórmulas lógicas, que dos años más tarde formalizará en el Seminario Aún.

¹¹ El falo no es el pene, ni una versión elegante del mismo, pero puede operar como su soporte en el seno de la relación con el *partenaire*.

¹² Lacan, Jacques, L’etourdit. Editado por la EFBA para circulación interna. Pág. 23.

¹³ “Es de lo Real que la mujer toma su vínculo a la castración”. Lacan, Jacques, Seminario XIX, ...Ou pire. Clase N°3, 12 de enero de 1972. Inédito. Pág. 7.

objeto y viceversa. La posición que cada sujeto asume respecto de los lugares que la lógica aísla con el recurso de sus *prosdiorismos*¹⁴ en el campo del lenguaje no se asienta en disposición fijista alguna. La relación entre el *todo*: $Vx Ox$, (*todo x se somete a la función fálica*) y el *no-todo*: $-Vx. Ox$, (*no todo x se somete a la función fálica*) es una relación de alternancia, de circulación, de movilidad entre una y otra. Acceder a la posición del no-todo no garantiza que no pueda reestablecerse, nuevamente, la proposición del cuantor izquierdo inferior: $Vx Ox$, el *todo* que aboga por la falicidad. En suma, la accesibilidad y cercanía del sujeto al $S(\bar{A})$ no garantiza que el Otro del saber no volviera a reinstalarse.

De los malentendidos

En ese sentido, y siguiendo con los argumentos precedentes, podríamos encontrar allí un punto de coincidencia entre el psicoanálisis y la teoría *Queer*,¹⁵ cuya piedra de toque consiste en que los géneros, las identidades sexuales y sus orientaciones no se desprenden de la naturaleza biológica humana. Hasta aquí podemos acordar con el planteo, ya que las formulaciones freudianas consistieron, precisamente, en el hallazgo de la condición contingente y azarosa del objeto en el campo de la sexualidad humana.

La dificultad comienza a tallar cuando dicha concepción se asienta sobre la idea de que la sexualidad es producto de una construcción social que varía acorde a cada sociedad y a su tiempo. Si bien podemos coincidir en que la historia, a lo largo del tiempo, va forjando el ejercicio y la promoción de prácticas seculares, a ésta no le es dable un alcance tal que llegue hasta lo *real* inscripto en la estructura del sujeto; es decir, su incidencia no puede trastocar la posición del sujeto ante su goce, resultante de una serie de operaciones constitutivas e inconscientes. La posición sexuada no es un punto de partida sino de arribo. Las construcciones de la historia pueden pretender torcer su camino, censurar su expresión, reprimir sus prácticas, pero nunca logran suprimir su realización.

La epistemología *queer* parece elidir ese real al sustentar uno de sus fundamentos en la autodesignación del sexo forjado a base de performatividad, vale decir, que un enunciado implica *per se* la realización de la acción evocada. Situándola de ese modo como el fruto de una elección volitiva y, por ende, consciente.

La epistemología psicoanalítica no sólo no desestima ese real, sino que lo conceptualiza y le da realce conjeturando *que no hay relación sexual*. No hay encuentro más que fallido independientemente del *partenaire* que se “encuentre” en el camino, más así o más *asá*, más aquí o más allá, siempre resta la inadecuación, el no encastre entre los amantes. Porque el goce sexual es lo que abre la puerta al goce, pero no constituye el goce, al menos ese que Lacan denomina: *a secas*.¹⁶

¹⁴ Los prosdiorismos son el todos, el alguno y no-todos que utiliza Aristóteles en la lógica formal.

¹⁵ Tomamos la teoría *Queer* como una de las voces de los múltiples movimientos de teorías de género, teniendo conocimiento de que su variedad no queda subsumida en ninguno en particular.

¹⁶ Lacan, Jacques. Seminario XIX ... *Ou pire*. Clase del 15 de diciembre de 1971.

No es posible, ni deseable, a estas alturas del nuevo siglo, desconocer el valor de las conquistas adquiridas en materia de libertades individuales y sociales, y aún queda mucho camino por andar. No encontramos incompatibilidad alguna entre los desarrollos y planteos sobre las prácticas sexuales como materia de investigación y análisis de disciplinas tales como la sociología o la antropología cultural y, aquellas vertidas por el *corpus* psicoanalítico. Puesto que éste se soporta en Otra episteme que, en todo caso, puede aportar herramientas a la reflexión.

21 de abril de 2020